

EL CORREO DE LEVANTE

DIARIO DE LA TARDE

REDACCION Y ADMINISTRACION

Plaza de Cotina (antiguo local del Gobierno Civil)

MURCIA 14 DE NOVIEMBRE DE 1902

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En Murcia, un mes. pesetas 1
Fuera, trimestre. pesetas 3
NO SE DEVUELVEN LOS ORIGINALES

NUM. 780

ANUNCIOS A PRECIOS ECONÓMICOS

DE ACTUALIDAD

LA CRISIS

De ayer á hoy, el aspecto de la crisis ha variado completamente. Ya el señor Romero Robledo no presta su concurso para la formación del nuevo gabinete. El que ayer parecía aliado, amigo, casi correligionario, es hoy un enemigo iracundo, apasionado.

El Sr. Sagasta manifestó en la entrevista que ambos prohombres celebraron ayer tarde, que no era posible acceder á que ocupara la cartera de Gobernación, por oponerse á ello la opinión del partido liberal: y como el dilema de Romero era dicha cartera ó dos de las otras, y á ninguna de ambas cosas se accedía, quedaron terminadas las negociaciones y puede decirse que rotas las hostilidades.

El Sr. Romero Robledo, ha juzgado en términos muy vivos, en el salón de Conferencias del Congreso, la conducta que con él han seguido el señor Sagasta y los prohombres del partido liberal.

Fracasadas las negociaciones para un gabinete con el concurso personal del Sr. Romero Robledo, se ha vuelto á hablar de un gabinete liberal homogéneo, del cual formaría parte, ocupando la cartera de Hacienda, el Sr. Lopez Puigcerver.

No falta quien afirma, que también este intento ha fracasado y que en su vista no sería difícil que el Sr. Sagasta declinara hoy mismo ante el monarca el encargo que este le confiara, abriéndose paso de este modo el advenimiento de una situación conservadora.

De muy deplorable efecto habría de ser solución tal para la opinión liberal del país, pero nadie podría acusar al Sr. Sagasta de no haber hecho todo lo posible por evitarlo.

Desde un ministerio de amplia concentración, con el concurso del Duque de Tetuán y el general Lopez Dominguez, hasta un ministerio liberal homogéneo, todo lo ha intentado el ilustre jefe del partido liberal, y á todas las puertas ha llamado con patrióticos requerimientos.

Si fracasa, no será suyo el fracaso, y si de los que por falta de patriotismo, no se han prestado á secundar sus nobles propósitos, en bien de la España liberal.

INSTANTANEAS

Por caridad

Señores, los que tengais una peseta de más y querais hacer cumplida una obra de caridad, yo os puedo decir de un pobre que llora hace días ya una miseria imprevista por un incendio voraz.

No se trata de una fábrica de un riquísimo industrial ni se trata de un palacio ni de almacén ni bazar; se trata de una barraca con cuatro zarzos no más que el *tío Pepe* el de la *graa*, proveedor de esta ciudad, en el Cabezo de Torres tenía para habitar siendo todo el mobiliario de su *vasta* propiedad cuatro platos, una orza y una cama; de este hogar ardieron en un momento,

los chismes del *industrial*, quedándose *mi tío Pepe* sin lecho en que descansar, sin casa donde albergarse y hasta sin ropa y sin pan.

Como no hubo compañía que quisiera asegurar de incendios esta vivienda, no hay sospecha por allá de que el *tío Pepe* haya hecho con intención cosa tal, que lo deja en la miseria implorando caridad.

Hay que reunirle unas cuantas pesetas para enjugar esas lágrimas del pobre que hoy sin una casa está donde poder refugiarse y pasar la Navidad.

Que las personas piadosas reunan el mismo caudal para hacerle una barraca al vendedor popular con una cama modesta y ropa con que dará abrigo á sus desnudeces en este tiempo invernal.

Hay que hacerlo sin reparo por razón de caridad y por razón de justicia que protege al *industrial*, y si no fueran bastantes los motivos que se dan y quieren un fundamento donde poder apoyar el donativo que aprecien ese fin trascendental que el *tío Pepe* ha realizado desde mucho tiempo acá: él vende greda y la greda se la destina á quitar las manchas; por consiguiente es una obra colosal la del *tío Pepe*, quitando, como había quitado ya más manchas y suciedades á esta nuestra sociedad que estrellas tienen los cielos y arenas tiene la mar. Lo que prevengo al que tenga una peseta de más.

Plácido Eojer de Larra.

UN CUENTO DIARIO

El hijo bueno y el hijo malo

Había una vez dos hermanos: el bueno y el malo. El primero era uno de esos imbeciles que figuran entre los mejores alumnos de su clase. Sin ninguna idea personal, é incapaz de reflexión, hacía con indiferencia todo cuanto le mandaban hacer y era en extremo aplicado. Como carecía de imaginación, se había llenado el cerebro de fórmulas hechas que no siempre comprendía, pero que en momentos dados le prestaban un grandísimo servicio.

Sus padres estaban orgullosos de él y decían:—¡Es una criatura excelente! El segundo era la desesperación de sus profesores. Su inteligencia, siempre despierta, no podía fijarse en los adocados programas del colegio y había materias que le inspiraban una repugnancia invencible. Otras le gustaban, pero las comentaba de tal modo que desconcertaba con sus palabras á sus rutinarios maestros. Siempre sonador y corriendo en pos de alguna quimera, no hacía caso de las explicaciones que se daban en clase, por cuyo motivo era castigado con frecuencia.

Sus padres estaban disgustadísimos con él y decían con amargura:—¡Demonio de muchacho! ¡Qué malo es!

Quando los dos hermanos estuvieron en edad de elegir carrera, sus padres trataron de hacerles ingresar en la Administración pública.

El hermano bueno aceptó con entusiasmo la proposición, sin duda para evitarse el trabajo de meditar. Y, como tenía la lucha por la existencia, se dejó tentar por la perspectiva de una vida tranquila, sin brillo, pero sin sufrimientos; sin grandes provechos, pero sin peligros de ningún género.

El otro, que no trataba de evitar ninguna clase de responsabilidades, prefirió emplear de un modo distinto su actividad. Sus aficiones le arrastraban al estudio de la pintura. En vano sus padres le manifestaron que aquello era un capricho pasajero, y que se hacía ilusiones enganosas acerca del porvenir.

El hijo malo no quería que nadie se ocupase en labrar su felicidad. Para ello era condición indispensable que se respetase su vocación. Y, fuesen las que fuesen las dificultades que se le presentasen, prefería arrostrarlas á renunciar á su ideal.

El hijo bueno llevaba una vida en extremo regular y metódica. Diariamente partía á la misma hora para su oficina. Al llegar á su despacho se sentaba con el mismo monótono movimiento, y comenzaba á esperar pacíficamente la hora de salida.

Durante el curso de aquella vida neutra, logró disfrutar de lo que pudiera llamarse una felicidad perfecta. Y hasta llegó á interesarse por una serie de pequeños detalles que le proporcionaron un placer no sospechado al ingresar en la carrera administrativa. No había día en que no arrancara con verdadera delicia la hoja del calendario. Antes de tirarle al suelo lefalel contenido del dorso y luego se permitía echar una mirada á la página siguiente.

Este ejercicio le proporcionó infinidad de conocimientos de indiscutible utilidad: los aniversarios históricos, las fases de la luna, número de días transcurridos desde el comienzo del año y de los que faltaban hasta el 31 de Diciembre, las fiestas religiosas y el nombre y las señas del impresor.

Su sitio se distinguía por una colección de reglas, de portaplumas, de lápices y de gomas, alineados según su tamaño, con un corrección absoluta. Indudablemente se había aficionado de un modo especial á los objetos de escritorio.

Conocía hasta diecisiete maneras de cortar lápices, y hacía mil combinaciones ingeniosas para convertir un periódico en varios objetos de aspecto decorativo, pajaritas, barquillos, saleros, abanicos y acordeones. Sus uñas se perfilaban en puntas maravillosas.

Los padres estaban encantados ante aquella vida tan ordenada. En la mesa hacían á su hijo muchas preguntas acerca de su trabajo y de su jefe, y á fin de mes se regocijaban ante la idea del dinero que el hijo había ganado con el sudor de su rostro.

Así es que el padre decía con frecuencia, lleno de orgullo:—¡Ese muchacho hace honor á la familia!

Y la madre añadía:—¡Estoy segura de que hará una gran carrera!

El hijo malo llevaba una vida en extremo desarreglada. Como no tenía ninguna obligación que le llamara fuera de casa, solía quedarse en ella por espacio de mucho tiempo. Muellemente tendido en un sofá, tomaba notas acerca de lo que había observado en la sociedad ó leía excelentes libros, deseoso de utilizar con gran provecho su inteligencia. Pero como no ofrecía la impresión material de una actividad visible, sus padres creían que pasaba el tiempo sin hacer nada.

Decían de él que no tenía el fuego sagrado propio de los hombres de provecho.

Quando durante el día pensaban en su hijo, no podían imaginárselo inclinado sobre una mesa trabajando. No hablan logrado que se ocupara en algo, y semejante situación les tenía el alma llena de terribles angustias.

¡A veces, para ver si abandonaba su conducta y se corría de un modo definitivo, le citaban el buen ejemplo de su hermano.

—¡Ya ves—le decían—cómo sabe ganar dinero!

Pero el hijo malo se limitaba á sonreírse desdeñosamente.

El interés de su vida le parecía mil veces más importante que la fortuna.

Quería pertenecerse á sí mismo ó no ser nada, y las privaciones que se le imponían no lograron amornar sus entusiasmos juveniles.

Sus padres vertían en secreto abundantes lágrimas.

El padre repetía con tristeza:—Ese muchacho es un haragán que no sirve para nada. ¡Qué desdicha tan grande de tener un hijo así!

Y la madre añadía:—¡Esa criatura nos hará morir de penal!

II

Al cabo de diez años, el hijo bueno ganaba trabajosamente tres mil francos anuales.

Desconcierto, alentado y protegido por un aficionado muy rico, el hijo malo marchaba rápidamente por el camino de la fortuna y de la gloria.

Pero sus padres habían muerto, sin sospechar jamás el maravilloso cambio que en su hijo se había de operar con el tiempo.

Dejaron de existir, teniéndole siempre por un hombre incapaz de sacramentos.

E. Osmont.

El verdugo de los pobres

Pooco, imposible, fiero; como inhumano déspota, implacable, como esbirro cruel, desapiedadado, atormenta el invierno á los humildes...

A los humildes... Vedlos temblar acobardados en los umbrales frios de la morada rica que el invierno servil jamás traspone... ¡Vedlos vagar errantes

de hueco en hueco por la helada sombra, silenciosos y tristes, como almas condenadas por el cizarzo inclemente combatidas!...

Gime la madre en el portal en vano; trata de cobijar á sus hijuelos que tiritan de frío...

Vacila y cae de bruces el anciano sin fuerzas que sin calor de nadie, ¡siente desamparado penetrar en sus huesos el frío de la muerte!...

Dando fin al trabajo con el día, sin fuerzas, extenuado, fastigado el obrero miserable por el frío del cielo y de los hombres, desesperado marcha sin que alumbre su paso ni una estrella... ¡los señala su rumbo el negro caos de la noche fatídica!

Se diría que tiemblan los hogares de los desheredados al aliento glacial estremecidos... Pueden temblar á fé, que está á sus puertas con todos sus tormentos, ¡el verdugo implacable de los pobres!

Vicente Medina.

Una historia de postales

Refiere la siguiente, el cronista de «La Vanguardia» de Barcelona:

El Sr. Don N. de N., un caballero de buena casa, habitante en esta condal ciudad, se lesionó gravemente una tarde al apearse de un coche tranviario, y vióse obligado por ello á permanecer, primero, bastantes días en cama, después, muchas semanas en un sillón. Para matar el fatigoso aburrimiento de su forzada inmovilidad, y siguiendo los sensatos consejos de un amigo leal, se consagró al coleccionismo de postales. Y de esta suerte, buscando direcciones en revistas nacionales y extranjeras, y borroñeando tarjetas, se le fueron dulcemente las horas sin experimentar ya más el peso abrumador del tedio.

Una vez curado, se dedicó con mayor afán, si cabe, á su afición, que fué tomando vastas proporciones. N. de N. tuvo corresponsales en las cinco partes del mundo, entre ellos un mandarín auténtico; también en el Celeste Imperio se cultivó la *seba* postal, y nuestro conciudadano experimentó una de las más inefables emociones de su vida al recibir una mañana una cartulina muy bonita, fechada en Ning-Po y firmada por un Li Fu-Ching, que le trataba majestuosamente de «Astro rutilante del Occidente.» A N. de N. le gustó muchísimo eso de «Astro rutilante», que cosquilleaba agradablemente su amor propio y le hizo concebir de sí mismo la más lisonjera opinión.

Nuestro coleccionista era al propio tiempo, ó mejor dicho, es un grafólogo distinguido y convencido.

Con lo cual, al placer de ver diariamente engrosar sus álbums, unía el de estudiar las diferentes escrituras llegadas de Norte y Sur, Este y Oeste. Ver-

dad que la inmensa mayoría de las veces no tenía gran cosa que analizar, dada la costumbre general, entre coleccionistas, de no poner más que dirección, fecha y firma. Pero tampoco faltan corresponsales, especialmente entre el sexo femenino, que gastan menos concisión y experimentan la necesidad de ser más amables y expresivas. Y N. de N. se entretenía en «penetrar» las condiciones morales de los desconocidos con quienes tenía entablada comunicación, hilvanando en sus adentros una serie de «retratos», según los datos que iba sacando de sus respectivas caligrafías.

De estas fué interesándose progresivamente una, trazada por las blancas manos de una corresponsal habitante en Andalucía, muy asidua y activa en el cambio.

De la forma de los rasgos alfabéticos detenidamente examinados, sacó el barcelonés gran acopio de importantes datos; á las 20 ó 25 postales cambiadas, había adquirido N. N. la íntima convicción de que la señorita X. reunía las siguientes condiciones:

Bondad.
Generosidad.
Firmeza de carácter.
Lealtad.
Orden y compostura.
Espíritu cultivado.
Optimismo.
Nervios equilibrados.
Genio alegre.
Honestidad y recato.
Tendencia al ahorro, sin tacañería.
Y alguna cosa más.

—Pues señor,—se dijo una noche N. N., después de recibir tres postales de su desconocida—esta mujer ha de ser una perla... una verdadera perla, como pocas veces se encuentra. ¿Pero será fea ó bonita?... ¿jóven ó madurita?... ¿Casada ó soltera?... No, casada no es; de seguro que no lo es; lo habría conocido ya. Las casadas no tienen esas *tes* ni esas *jotas* peculiares á las hembras en estado de merocer. Por consiguiente, es soltera y capaz de hacer la felicidad de un hombre que sepa comprenderla. Y no sé... pero me parece que un hombre como yo, coleccionista, grafólogo y buen muchacho, sabría comprender á una mujer de relevantes prendas, cual lo es esa.

Para abreviar detalles, diré en pocas palabras que picado nuestro hombre por creciente curiosidad, se trasladó un día á Cádiz ó á Sevilla ó á Málaga, en fin, á la ciudad en que habitaba su corresponsal. Sabiendo su nombre y su domicilio, no le fué muy difícil desentrañar la incógnita que le preocupaba. Y con íntima satisfacción suya se convenció de que era aún jóven, muy guapa moza, de acomodada familia y sin compromisos.

—Está visto—dijose el barcelonés—que la sabia Providencia ha arreglado todo eso con su benéfica mano, para hacer la felicidad de una muchacha tan digna como esta y de un sujeto tan apreciado como yo. Conque á declarar se tocan.

Se declaró, en efecto, y pocas semanas después el cura lo declaraba casado con la salerosa sevillana, gaditana, malagueña, ó lo que fuere.

La historia termina con una nota de ingratitud.

El nuevo matrimonio no volvió á ocuparse de la grata afición á que debía su felicidad.

Tiro Nacional

El próximo domingo 16 del corriente se verificarán prácticas durante todo el día, dando principio á las nueve de la mañana y á las dos y media de la tarde.

A las once se celebrará misa en la capilla del Cristo, situada en el campo de tiro.

Se disputará á primera hora el premio D. M. sobre blanco circular de 0'60 metros á 400 con posición y armas libres y también el permanente sobre silueta de infante á pié, sin perjuicio de ejercitarse sobre blanco de 1'20 metros quien no quiera optar á premio alguno.

Después á la distancia de 200 metros sobre blanco ovalado de 20 zonas podrán adquirirse las cinco matriculas que restan para optar al premio del fusil Maüsser y por la tarde se proclamará al que haya resultado vencedor entre los 35 matriculados.

Se abrirá á continuación una nueva matricula que dará también derecho á un fusil Maüsser, pero con la diferencia respecto á la anterior, que el blanco no será igual para todos, sino que serán proporcionados á la categoría de los tiradores resultante del Concurso Nacional.

Las zonas que á cada categoría co-

